

» Los buenos conquistadores :  
 » Y á la santa cofradía  
 » Del rico Lázaro pobre,  
 » Mando el prado de Vivar,  
 » Ende, aquende, y su quíñones ;  
 » Item, mando que no alquilen  
 » Plañideras que me lloren,  
 » Bastan las de mi Jimena  
 » Sin que otras lágrimas compre.  
 » Y en San Pedro de Cardaña  
 » Junto al santo Pescadore  
 » Me fabriquen un fosal  
 » Con su túmulo de bronce.  
 » Item, mando que al juicio,  
 » Que engañé estando tan pobre,  
 » Lo que pesare el de arena  
 » Le dén de plata otro cofre.  
 » Y á Gil Diaz tornadizo,<sup>1</sup>  
 » Que de moro á Dios volviöse,  
 » Le mando mis femolarias,  
 » Mis corazas y quijotes.  
 » El noble rey Don Alfonso,  
 » Y el buen obispo Don Lope,  
 » Y mi sobrino Alvar Fañez  
 » Sean mis cabezadores :  
 » Y lo demas de mi haber  
 » Se reparta entre los pobres,  
 » Que son entre el hombre y Dios  
 » Padrinos y valedores.»

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

<sup>1</sup> Romance de la época y género de los de Sepúlveda. Es un buen cuadro de costumbres.

<sup>2</sup> Es el que se supone haber escrito la crónica del Cid.

## 897.

AL MISMO ASUNTO.—CLXXIV.

(Anónimo.)

Coronadas de victorias  
 Aquellas dichosas sienas,  
 Con un frío insoportable  
 El buen Cid está á la muerte.  
 Presente se halló San Pedro,  
 Que quiso hallarse presente  
 Para mostrar que su vida  
 Mereció fin tan alegre.  
 Doña Jimena le llora,  
 Que mucho su muerte siente,  
 Porque si le quiso en vida  
 Mucho mas le quiere en muerte.  
 Comenzó el buen Cid sus mandas  
 Como ve que le conviene  
 Para el pro de sus criados,  
 De su alma, hacienda y gente.  
 Dice : « Porque sé que Búcar  
 » Con crecido poder viene  
 » Para cercar á Valencia,  
 » Mando mi cuerpo se lleve  
 » Bien armado, y en Babieca  
 » De suerte que me sustente,  
 » Mi Tizona en la una mano  
 » Y en la otra mi insignia lleve ;  
 » Y mando que no se vista  
 » Nadie luto, pues conviene,  
 » Antes con ropa de seda  
 » Grande alegría se muestre,  
 » Y que se toquen cóntino  
 » Los instrumentos que hubiere,  
 » Y se ponga en la muralla  
 » Jimena, y consigo lleve  
 » Sus damas, y las demas  
 » Que mejor le parecieren ;  
 » Y que mis gentes se vistan  
 » De blanco, morado y verde.  
 » Acabada la batalla  
 » Mando mi cuerpo se lleve

» Con mi tesoro á Castilla,  
 » El cual quiero que herede  
 » Mi mujer Doña Jimena,  
 » Y d'esto el cargo le quede  
 » A Don Jerónimo, obispo,  
 » Para que en todo dispense.  
 » Quiero que cada hijodalgo,  
 » Despues de mi muerte, herede  
 » Quinientos maravedis,  
 » Y mil quien los mereciere.  
 » Pero Bermudez mi primo,  
 » En do Jimena estuviere,  
 » La sirva de mayordomo  
 » Si en tiempo le venciere.  
 » Item, mando que las villas,  
 » Castillos y casas fuertes  
 » Las herede el rey Alfonso  
 » Como al presente las tiene,  
 » Porque yo nunca gané  
 » Ciudades ni villas fuertes,  
 » Sino en nombre, y como suyo  
 » De mis señores los reyes.  
 » Y no hago restitucion  
 » De ningun cargo de bienes  
 » A los reyes de Castilla,  
 » Porque ántes ellos me deben  
 » El tesoro que he gastado  
 » Peleando contra infieles ;  
 » Lo cual todo lo perdono  
 » Sin que ellos nada me suelten.  
 » Item, mando que Babieca  
 » Despues de muerto le entierren,  
 » Porque no coman las aves  
 » Carnes que tanto merecen.  
 » Y á San Pedro de Cardaña  
 » Mando que mi cuerpo lleven,  
 » Que es monesterio en Castilla  
 » Donde quiero que le entierren ;  
 » Y á Dios pido me perdone  
 » Cuando d'este mundo fuere.»

(Romancero general.)

## 898.

AL MISMO ASUNTO.—CLXXV.

(Anónimo.)

A la postrimera hora,  
 Muy fatigado en la cama,  
 Ese buen Cid Campeador  
 Hoy quiere ordenar su alma,  
 Y presente Alvar Fañez,  
 Que es escribano de fama,  
 Y con él cuatro testigos,  
 Así comienza sus mandas.  
 « Mi alma quien la crió  
 » Es muy justo que la haya,  
 » Mi cuerpo á la dura tierra,  
 » Pues de la tierra fué planta.  
 » A mi querida Jimena  
 » Mando que le sean dadas  
 » Las mis tierras, que gané  
 » Con mi valor y mi espada.  
 » Item, diez maravedis,  
 » Cada un año esté obligada  
 » A dar para que se casen  
 » Huérfanas desamparadas.  
 » Item mas, siete reales  
 » Den para hacer una casa  
 » Donde huéspedes reciban  
 » Que peregrinando pasan.  
 » Doña Sol, mi hija mayor,  
 » Mando que sea mejorada  
 » En veinte maravedis,  
 » Y en una aljuba de grana.  
 » Item, mando á Doña Elvira  
 » Un arca toda encorada,  
 » Que fué del rey de Valencia,  
 » Guarnida de hoja de lata.

» A Martin Pelaez le mando  
 » El mi troton y dos lanzas,  
 » Mi sayo con mi jubon,  
 » Y juntamente mis calzas.  
 » Tres reales le mando á Nuñez ;  
 » Pero en obligacion haya  
 » De me decir treinta misas  
 » Cuando d'este mundo vaya.  
 » Mando que entre mis soldados  
 » Seis reales se repartan,  
 » Porque rueguen por mí á Dios  
 » En quien está mi esperanza.  
 » Item, mando que mi cuerpo,  
 » Acabada la batalla,  
 » Le lleven luego á San Pedro  
 » En un atahud, ó andas,  
 » Y que ante el altar mayor  
 » Un rico sepulcro se haga,  
 » Ante quien siempre den luz  
 » Tres lámparas plateadas.  
 » Para fábrica del templo  
 » Y aceite, dejo por manda  
 » Catorce maravedis  
 » Que el rey de Córdoba paga.»

(Romancero general.)

<sup>1</sup> El autor de este romance parece que lo hizo solamente para exagerar el valor del dinero, comparando la época del Cid con las posteriores. Por eso gradúa en siete reales los fondos para establecer un hospital, en mucho ménos de tres reales la limosna de treinta misas ; y en catorce maravedis el gasto necesario, durante un año, para sostener diariamente encendidas tres lámparas. Por mucho valor que se suponga al oro y la plata en tiempo del Cid, muy gran cantidad de estos metales debían contener los maravedis que á tanto bastaban.

## 899.

MUERTE DEL CID.—CLXXVI.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

La era de mil y ciento  
 Y treinta y dos que corria,  
 A quince días de mayo  
 Doliente el buen Cid yacia  
 En Valencia la nombrada,  
 Que de moros conquiera.  
 Su mujer está presente  
 Y privados que tenia ;  
 Haciendo está testamento :  
 Lo primero así decia :  
 « En San Pedro de Cardaña  
 » Mi cuerpo se enterraria :  
 » Mando á cada hijodalgo  
 » Que á mi servicio habia  
 » Quinientos maravedis ;  
 » A otros, mill les daría ;  
 » A Doña Jimena Gomez  
 » Cuantos bienes yo tenia ;  
 » Muy honradamente en ello  
 » Es mi voluntad que viva ;  
 » Estará en el monesterio,  
 » De Cardaña se decia.  
 » Gil Diaz, que es mi privado,  
 » Mando que la honre y sirva.  
 » Cabezaleros que nombro,  
 » Doña Jimena seria,  
 » Y Don Jerónimo, obispo,  
 » Alvar Fañez en compañía ;  
 » Mi primo Pero Bermudez  
 » Gran cargo d'ello ternia.  
 » Demandaba el Sacramento,  
 » Ya se le acaba la vida ;  
 » Con crecida devocion  
 » El buen Cid lo recibia ;  
 » Llorando de los sus ojos  
 » Muchas lágrimas vertia ;  
 » Acostárase en su cama,  
 » A Cristo llama por guía ;

Dijo : — Tuyo es el poder,  
 Hijo de Virgen María,  
 Todos los reinos son tuyos,  
 El mundo te obedecia,  
 Todo es á tu mandado,  
 Tu voluntad se cumpla,  
 Pidote yo por merced  
 Mi alma no sea perdida,  
 Y la pongas en la fin,  
 Que ninguna fin habia. —  
 Y diciendo estas palabras  
 El noble varon moria :  
 Dios la habia recibido,  
 Que va limpia de mancilla.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

<sup>1</sup> Hasta el principio del romance es el mismo con que comienzan los capítulos de las crónicas.

## 900.

EXEQUIAS DEL CID Y DUELO DE DOÑA JIMENA.—CLXXVII.

(Anónimo.)

Las obsequias funerales  
 Celebra Doña Jimena  
 De Rodrigo de Vivar  
 En San Pedro de Cardaña,  
 Juntamente con sus hijas,  
 A quien el cielo hizo reinas,  
 Satisfaciendo el agravio  
 No debido á su inocencia.  
 Pone el cuerpo en una tumba,  
 Mas que su esperanza negra,  
 Y así llorando le dice  
 Como si vivo estuviera :  
 — ¡ Oh amparo de los cristianos !  
 ¡ Rayo del cielo en la tierra !  
 ¡ Azote de la morisma !  
 ¡ De la fe de Dios defensa !  
 ¡ No sois aquel que jamas  
 » Os vieron la espalda vuelta  
 » Los disfrazados amigos  
 » Que causaron vuestra ausencia ?  
 ¡ No sois el que desterrado,  
 » Por palabras lisonjeras  
 » Allaná para su rey  
 » Mil castillos y fronteras ?  
 ¡ No sois vos quien sujetó  
 » A la ciudad de Valencia,  
 » Y el que venció en seis batallas  
 » Sin alma, mil almas fieras ?  
 ¡ Ay amarga soledad  
 » Cómo al sufrimiento enseñas  
 » A sufrir contra justicia  
 » Tan penosa y triste ausencia ! —  
 No pudo pasar de aquí  
 La madre de la nobleza,  
 Que sobre el cuerpo cayó  
 Desmayada, ó casi muerta.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

<sup>1</sup> De fines del siglo XVI.

## 901.

LOS DEL CID LLEVANDO SU CUERPO SOBRE BABIECA, Y AYUDADOS DE SANTIAGO, VENCEN Á BÚCAR, QUE SITIABA Á VALENCIA.—CLXXVIII.

(Anónimo.)

Muerto yace ese buen Cid  
 Que de Vivar se llamaba ;  
 Gil Diaz su buen criado  
 Cumpliera lo que mandara.  
 Embalsamara su cuerpo,  
 Y muy yerto se paraba :

Cara tiene de hermosura,  
Muy hermosa y colorada;  
Los ojos igual abiertos,  
Muy apuesta la su barba;  
Non parece que está muerto,  
Antes vivo semejaba;  
Y para que esté derecho  
Este ardid Gil Diaz usaba.  
Puso el cuerpo en una silla,  
Una tabla en las espaldas,  
Y otra delante del pecho,  
Y á los lados se juntaban;  
Llegaban bajo los brazos,  
Y el colodrillo tapaban.  
Esta era la de atras,  
Y otra llegaba á la barba,  
Teniendo el cuerpo derecho  
A ningun cabo inclinaba.  
Doce dias son pasados  
Despues que el Cid acabara;  
Aderézanse las gentes  
Para salir á batalla  
Con Búcar, ese rey moro,  
Y contra la su canalla.  
Cuando fuera media noche  
El cuerpo así como estaba  
Le ponen sobre Babieca,  
Y al caballo lo ataban.  
Derecho está y muy igual,  
Estar vivo semejaba,  
Calzas tiene en las sus piernas  
De blanco y negro labradas,  
Parecian brasonetas  
De las que en vida calzaba;  
Vistiéronle vestidura;  
Que el respunte se mostraba,  
Y su escudo puesto al cuello  
Con su divisa ondeada;  
Capellina en su cabeza  
De pergamino pintada,  
Parece que era de fierro,  
Segun está bien labrada.  
En la su mano derecha  
La Tizona le fué atada  
Sutilmente, á maravilla  
Iba en la su mano alzada.  
De un cabo iba el obispo  
Don Jerónimo de fama,  
Del otro iba Gil Diaz,  
El que á Babieca guiaba.  
Salió Don Pedro Bermudez  
Con seña del Cid alzada,  
Con cuatrocientos fidalgos,  
Que con él van en su guarda:  
Saliera luego el recuaje,  
Otros tantos lo guardaban;  
Saliera el cuerpo del Cid  
Con gente muy esforzada.  
Ciento son los guardadores,  
Que el cuerpo honrado llevaban,  
Tras él va Doña Jimena,  
Con toda la su compañía,  
Con seiscientos caballeros,  
Que para guarda le daban:  
Callando van, y tan paso,  
Que veinte no semejaban.  
Ya están fuera de Valencia,  
Claro el dia se mostraba:  
Alvar Fañez fué el primero  
Que arremetió con gran saña  
Contra el gran poder de moros,  
Que Búcar trae en su compañía.  
Halló delante de sí  
Una mora muy gallarda,  
Gran maestra en el tirar  
Con saetas del aljaba  
De los arcos de Turquía;  
Estrella era nombrada  
Por la destreza que habia

En el herir de la jara.  
Ella fuera la primera  
Que á caballo cabalgara  
Con otras cien compañeras,  
Muy valientes y esforzadas.  
Los del Cid las fieren recio,  
Muertas en tierra quedarán.  
Visto los habia el rey Búcar  
Con los reyes de su banda,  
Y quedan maravillados  
En ver la gente cristiana.  
Setenta mil caballeros  
Les pareció que llegaban,  
Todos blancos como nieve,  
Y uno que los asombraba,  
Mas crecido que ninguno,  
En blanco caballo andaba,  
Cruz colorada en el pecho,  
En su mano seña blanca;  
La espada semeja á fuego  
Con que á los moros llagaba;  
Gran mortandad face en ellos,  
Fuyendo van que no aguardan.  
El rey Búcar y sus reyes  
El campo desamparaban;  
Camino van de la mar  
Do los navios estaban.  
Los del Cid los van firiendo,  
Ninguno habia de escapa;  
En la mar se ahogan todos,  
Mas de diez mil se anegaban,  
Que con la prisa que traen  
Todos juntos, no se embarcan.  
De los reyes mueren veinte,  
Búcar huyendo se escapa;  
Los del Cid ganan las tiendas  
Con mucho oro y mucha plata;  
El mas pobre queda rico  
De lo que ende ganara.  
Caminan para Castilla,  
Como el buen Cid ordenaba;  
Llegados son á San Pedro,  
De Cardena se nombraba,  
Do quedó el cuerpo del Cid,  
El que á España tanto honraba.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.—  
It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

<sup>1</sup> Es el mismo de Sepúlveda, que empieza así: *Muerto es ese buen Cid*.

## 902.

AL MISMO ASUNTO. — CLXXX.

(Anónimo.)

Mientras se apresta Jimena  
Con algunos de los suyos  
Para partir de Valencia  
Con el silencio noturno,  
Y los nobles castellanos,  
Mas valerosos que muchos,  
Con fingidas alegrías  
Velan los soberbios muros;  
Alvar Fañez de Minaya,  
Don Ordoño, y Don Bermudo,  
Para la batalla aprestan  
Del Cid el cuerpo difunto.  
No le visten la loriga  
Que él en las lides trujo.  
Por cumplir lo que mandó  
En su postrimero punto.  
De pergamino pintado  
Le ponen yelmo y escudo,  
Y en medio de dos tablonces  
El embalsamado bulto,  
Y de un cendal claro verde  
Vestido un tabardo justo,  
Al pecho su roja insignia,

Honor y asombro del mundo.  
Unas calzas de colores,  
Guarnecidas de dibujo,  
En lienzo crudo pintadas,  
Y ellas son de lienzo crudo.  
El derecho brazo alzado,  
Al ménos cuanto se pudo,  
En la mano su Tizona  
El limpio fierro desnudo.  
D'esta guisa le aprestaron,  
Y cuando aprestado estuvo  
Pavor les dió de miralle,  
Tal se muestra de saúdo!  
Trujeron pues á Babieca,  
Y en mirándole se puso  
Tan triste, como si fuera  
Mas razonable que bruto.  
Atórone á los arzones  
Fuertemente por los muslos,  
Y los piés á los estribos  
Porque fuesen mas seguros.  
Y á la lumbré del lucero,  
Que por verle se detuvo,  
Con su capitan sin alma  
Salieron al campo juntos,  
Donde vencieron á Búcar  
Solo porque á Dios le plugo,  
Y acabando la batalla,  
El sol acabó su curso.

(Romancero general.)

## 903.

CONDÚCESE EL CUERPO DEL CID Á DARLE SEPULTURA  
EN SAN PEDRO DE CARDEÑA. — CLXXX.

(Anónimo.)

Vencido queda el rey Búcar  
Con todos sus allegados  
De la campaña del Cid  
En el campo valenciano.  
Para Castilla caminan;  
El buen Cid era finado,  
Caballero va en Babieca  
Con los suyos á su lado.  
No llevaba armas ningunas  
Sino sobre sí unos paños:  
Los que no saben su muerte  
Por vivo lo habian juzgado.  
Cada vez que hacen jornada  
Quitábanlo del caballo,  
Quedaba yerto y derecho  
En la silla cabalgado.  
La buena Jimena Gomez  
Su mensaje habia enviado  
A los parientes del Cid  
Para que vengan á honrallo,  
Y tambien á sus dos yernos,  
Que eran reyes coronados.  
En tanto que ellos venían  
Alvar Fañez ha hablado  
Que pongan el cuerpo muerto  
En ataúd y tapado,  
Y con púrpura le cubran,  
Con clavos de oro clavado.  
No quiso Doña Jimena,  
Y así los ha razonado:  
— El Cid tiene el rostro hermoso,  
Los ojos muy aseados,  
Mientras está d'esta suerte  
No hay para qué sea mudado,  
Que mis yernos folgarán,  
Y mis hijas en su cabo  
De verlo como ahora está,  
Que non su cuerpo enterrado. —  
Todos hubieron por bien  
Lo que Jimena ha ordenado:  
Don Sancho y tambien García

Están al Cid aguardando,  
Y media legua de Olmedo  
Todos se habian juntado.  
Ese buen rey de Aragon  
Caballeros tiene armados,  
Al reves traen los escudos  
De los arzones colgados,  
Las capas traían negras,  
¡Muy grande duelo mostrando!  
Las capillas traen tendidas,  
Segun uso castellano.  
Doña Sol y las sus dueñas  
Estameña han cobijado:  
Gran duelo querian hacer,  
Mas su madre lo ha vedado,  
Porque así lo mandó el Cid,  
Y así ha de ser obrado.  
El Rey y la su mujer,  
Para el Cid habian legado;  
Ambos las manos le besan,  
De lo ver se han espantado,  
Que non semejaba muerto,  
Sino vivo y muy honrado;  
Muchos vienen á lo ver  
De Castilla, ese reinado;  
Tambien vino Don García,  
Rey d'ese reino navarro:  
Consigno trae su mujer,  
Fija del buen Cid loado.  
Las manos besan al Cid,  
Muchas lágrimas llorando;  
Todos van para San Pedro  
Porque allí le han enterrado.  
Aquese buen rey Alfonso,  
Que ha sabido lo pasado,  
De Toledo se partiera  
Y á San Pedro habia llegado.  
Saliéronle á recibir  
Los al Cid emparentados:  
Mucha honra fizo el Rey  
Al cuerpo del Cid honrado;  
Mandó que non se enterrase,  
Sino que el cuerpo arreado  
Se ponga junto al altar,  
Y á Tizona en la su mano:  
Así estuvo mucho tiempo,  
Que fueron mas de diez años.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, e  
— It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

## 904.

ELOGIO DEL CID Y RESEÑA DE SUS HAZAÑAS. — CLXXX.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

En Búrgos nació el valor,  
Gloria y amparo de España,  
Que es costumbre en la cabeza  
Poner la insignia mas alta.  
Aquel que victorias suyas  
De eterna memoria estampa  
En los dos polos su nombre  
Y el cielo da gloria al alma:  
De quien españoles reyes  
Tienen de su sangre tanta,  
Que si duermen los despierta  
Á la guerra y las hazañas:  
El que á los hijos de Agar  
Destruyera sus espadas,  
Y á siete reyes venció,  
Despues de muerto, en batalla:  
El valeroso y leal  
A su señor y á su patria,  
Que hizo famosa á Hesperia  
Y á las estrellas la ensalza:  
A quien prudentes varones  
Ponen solo entre las armas,  
Y por sus grandes proezas

Príncipe d'ellas le llaman,  
Y moros sus enemigos,  
Por excelencia llamaban,  
El invencible Rodrigo,  
Y señor de la campaña.  
Y siendo cuan bueno fué,  
Tiró la envidia su lanza;  
Mas las armas de virtud  
El hierro suyo no pasan,  
Que como sucede siempre,  
Quien mal anda mal acaba,  
Y golpes de arma traidora  
A su mismo dueño matan.  
No pudieron las traiciones  
De muchos manchar su fama,  
Que con la infamia de aquellos  
El cielo se la limpiaba.  
En San Pedro de Cardaña  
Su cuerpo la tierra ensancha,  
Que como lo hizo en vida,  
Allí tampoco le falta.

(Escobar, *Romancero del Cid*.)

<sup>1</sup> Del fin del siglo XVI.

905.

MILAGRO QUE HIZO EL CUERPO DEL CID CONTRA UN  
JUDÍO QUE LE INSULTÓ QUERIENDO TOMARLE LA  
BARBA.— CLXXXII.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

En Sant Pedro de Cardaña<sup>2</sup>  
Está el Cid embalsamado,  
El vencedor no vencido  
De moros ni de cristianos.  
Por mando del rey Alfonso  
En su escaño está sentado,  
Su noble y fuerte persona  
De vestidos arreado:  
Descubierto tiene el rostro  
De gran gravedad dotado,  
Su blanca barba crecida  
Como de hombre estimado,  
La buena espada Tizona  
Puesta la tiene á su lado;  
No parece que está muerto,  
Sino vivo y muy honrado.  
Siete años estuvo así,  
Como está ya razonado;  
Por su alma, que es en gloria,  
Hacen fiesta cada año.  
A ver su cuerpo tan bueno  
Mucha gente se ha llegado.  
Fuera de donde está el Cid  
La fiesta se hizo un año;  
Su cuerpo quedaba solo,  
Ninguno le ha acompañado.  
Estando d'esta manera,  
Un judío había llegado:  
Cuidando estaba entre sí,  
D'esta suerte razonando:  
— Este es el cuerpo del Cid  
Por todos tan alabado,  
Y dicen que en la su vida  
Nadie á su barba ha llegado.  
Quiero yo asirle d'ella,  
Y tomarla en la mi mano,  
Que pues aquí yace muerto,  
Por él no será excusado:  
Yo quiero ver qué faré,  
Si me pondrá algun espanto.—  
Tendió la mano el judío.  
Para hacer lo que ha pensado,  
Y ántes que á la barba llegue,  
El buen Cid había empuñado  
A la su espada Tizona,  
Y un palmo la había sacado.

El judío que esto vido  
Muy gran pavor ha cobrado:  
Tendido cayó de espaldas  
Amortecido de espanto.  
Halláronlo allí caído  
Los que en la iglesia han entrado;  
Agua le echan por el rostro  
Para facerlo acordado,  
Y vuelto que fuera en sí  
Todos le han preguntado  
Qué cosa fuera la causa  
De verlo tan mal parado:  
El luego les declaró  
La causa de lo pasado.  
Todos dan gracias á Dios  
Por el milagro contado,  
En se acordar que su siervo  
No quiso fuese ensuciado  
Por mano de aquel judío,  
Que tan mal lo había pensado.  
Cristiano se volvió luego,  
Diego Gil era llamado:  
Fincó en servicio de Dios  
En San Pedro el ya nombrado,  
Y en él acabó sus días  
Como cualquier buen cristiano.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

<sup>1</sup> Ni este romance, ni los que siguen son de la vida del Cid; pero se colocan como serie de ella porque tratan de la memoria de este héroe.

<sup>2</sup> Acaso el poeta tuvo presente para componer este romance el principio del del número 908.

906.

DON SANCHE DE NAVARRA ABANDONA, EN HONOR DEL CID,  
LA PRESA QUE HIZO Á LOS CASTELLANOS.— CLXXXIII.

(Anónimo.)

De Castilla van marchando  
A Navarra con su gente  
Don Sancho, á quien dieron nombre,  
Por sus hechos, de valiente.  
Delante lleva el despojo,  
Que ganó su brazo fuerte  
En las tierras de Castilla,  
Sin que nadie le impidiese  
Triunfante, rico y contento  
Por sus jornadas se vuelve,  
Dejando á los castellanos  
Despojados de sus bienes.  
Por San Pedro de Cardaña  
Mandó que el curso enderocen  
La escolta y la cabalgada,  
Para que por allí fuesen.  
Como llegase la fama  
Al abad que en guarda tiene  
El santo cuerpo del Cid,  
Aguardó que el Rey se acercase.  
Aderezóse entre tanto,  
Como en procesion solemne,  
Y con la insignia del Cid  
Sale para cuando llegue.  
Al son de las roncás cajas,  
Marchando de siete en siete,  
Al Rey que llevan en medio  
Miran ufanos y alegres,  
Tremolando las banderas  
Junto al Rey, que alegremente  
En ellas ponía los ojos,  
Como en su mayor deleite.  
Yendo el valiente Don Sancho  
Marchando con sus ginetes,  
Llegó donde el santo abad  
Le aguardaba alegremente.  
Puso en tierra las rodillas  
Diciendo: — Rey, no desprecies

Mi razón, ni á la voz mía  
Tu justo oído le cierres.  
Bien sabes, valiente Rey,  
Y cuantos estáis presentes,  
Que esa presa es de cristianos,  
Y no es justo que la lleves.  
Las guerras que traen contigo  
Son causa para ponerte  
Siempre la espada en la mano,  
Por su daño, y con sus muertes.  
Muy bien pudiera excusarse  
La sangre que d'ellos viertes,  
Con que volvieras la espalda  
A los moros que nos vencen.  
Mira, buen Rey, esta insignia  
Que es del Cid de quien descienes,  
Y póngotela delante  
Para que esa presa dejes.—  
Conociendo el Rey la insignia,  
Del caballo se descende,  
Y en el suelo de rodillas  
La saluda d'esta suerte:  
— ¡Oh estandarte poderoso  
De aquel varon excelente,  
Que fué muro de Castilla,  
Y cuchillo de la muerte;  
De quien tembló la morisma;  
Quien deshizo sus poderes;  
Quien venció muerto al rey Búcar,  
Y tuvo vasallos reyes;  
A quien hablaban los santos,  
Y le acompañaban siempre,  
Y le alcanzaron de Dios  
Que vencido no se viese!  
A vos y ante vos consagro,  
Como á quien tan bien se deben,  
Estos despojos de guerra,  
Y en vuestro templo se cuelguen.—  
Y en diciendo estas razones,  
Mandó que los presos suelten,  
Y toda la presa junta  
Al bendito abad se entregue  
Por amor y reverencia  
Del Cid, á quien se la ofrece,  
Reconociéndole muerto,  
Que nunca su nombre muere.

(Escobar, *Romancero del Cid*.)

907.

AL MISMO ASUNTO.— CLXXXIV.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En Navarra es rey Don Sancho,  
Qu'el Valiente se llama,  
Biznieto es de ese buen Cid,  
Que á España tanto honraba:  
Con el rey Alfonso ha guerra  
El que en Castilla reinaba.  
Don Sancho corre su tierra  
Hasta Búrgos la nombrada;  
Gran estrago hizo en ella,  
Gran cabalgada llevaba.  
Llevóle muchos ganados,  
Que valían gran ganancia.  
Para Navarra se vuelve  
Con presuncion muy ufana,  
Por no haber quien lo resista,  
Ni nadie lo contrallaba.  
Pasó cerca de San Pedro,  
Que de Cardaña se llama,  
Donde está el cuerpo del Cid,  
Que de Búcar se llamaba  
El valiente Campeador,  
Aquel que todos alaban,  
Porque no tuvo segundo  
En bondad, fuerza, ni maña.  
Por mayor del monasterio

Un abad antiguo estaba;  
Caballero fué otro tiempo,  
Honra en las armas ganara;  
Hombre era hijodalgo:  
Al abad mucho pesaba  
En ver llevar tan gran presa  
Como el rey Sancho tomaba.  
Tomó la seña del Cid  
Del altar adonde estaba;  
Fué donde estaba Don Sancho,  
La seña llevaba alzada.  
El rey se maravilló  
Cuando la seña miraba,  
Porque en aquella sazón  
Semejante no se hallaba  
Seña que le pareciese,  
Ni la había en toda España.  
El monje le dijo al Rey,  
Ante el cual se le humillaba:  
— Sabrás, buen Rey y señor,  
Ser verdad lo que yo hablaba,  
Y es que este monasterio  
A mí me fué dado en guarda;  
En él yace el noble cuerpo  
Del buen Cid que guerreaba:  
Yo me atrevo á tu mesura,  
La tu merced demandaba;  
Temo yo esta seña suya,  
Que merece sea acatada,  
Ruégote que hayas por bien  
De dejar la cabalgada  
Por reverencia del Cid,  
Y de su seña estimada;  
Non lo lleves d'esta vez,  
Seráte cosa loada  
La que tú, buen Rey, harás  
En hacer lo que rogaba.—  
El Rey estuvo suspenso,  
Que respuesta non tornaba,  
Mirando el atrevimiento  
Que el abad en él mostraba.  
Cuidando estuvo una pieza,  
Y d'esta suerte hablaba:  
— Yo quiero dejar la presa  
Que tú, padre, demandabas,  
Por haber muchas razones  
Que á lo hacer me obligaban;  
La primera, porque vengo  
De aquella sangre estimada  
De ese buen Cid Campeador,  
Que Ruy Diaz se llamaba,  
Porque yo soy su biznieto,  
Hijo del rey de Navarra,  
A quien dijeron García;  
Nieto es de quien hablaba,  
Hijo fué de Doña Elvira,  
Que con mi abuelo casara:  
Esta fué hija del Cid,  
Persona tan estimada.  
Lo segundo, yo la dejo  
Por aquesta seña honrada,  
Y por honra del su cuerpo,  
De quien vos habeis la guardá:  
Y á no haber estas razones  
Justo fuera la dejara,  
Porque si el Cid fuera vivo  
Hasta aquí yo non llegara,  
Ni osara llevar la presa,  
Sin que la muerte cobrara:  
Por estas causas que digo  
Yo cumplo vuestra demanda.—  
Mandó el Rey volver la presa,  
Y todo lo que llevaba;  
En San Pedro de Cardaña  
Fincó muy gran temporada,  
Do hizo grandes limosnas  
Por el buen Cid, que allí estaba.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

908.

EN LOOR DEL MONASTERIO DE SAN PEDRO DE GARDEÑA,  
PORQUE DOSCIENTOS MONJES DE ÉL FUÉRON MARTIRI-  
ZADOS.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

En Sant Peidro de Cardenna,  
Do yace el Cid enterrado,  
Con la su donna Jimena,  
Que buen paso han entrambos;  
Yacen tambien muchos reyes  
E muchos homes fidalgos,  
Cuyos fazañosos fechos  
Los hicieron afamados.  
Entre otras muitas grandezas,  
Una alza en tanto grado,  
Que aun á los cielos admira  
La grandiosidad del caso.  
E fué que docientos monjes,  
Que al gran Beito semejaron  
En el hábito é la vida,  
Morieron mártires santos.  
Otras órdenes benditas  
Uno á uno dan los santos;  
Mas tú, docientos por uno,  
Señal que en tí fincan tantos.  
¡Oh Cardenna venturosa!  
Magüer en tierra has quedado,  
Con la sangre de tus fijos  
Fasta el cielo has llegado.  
Toda tu gente es de guerra;  
Magüer que si guerrearon,  
Unos vencieron moriendo,  
Otros vencieron matando.  
Que si los infieles moros  
En tu casa santa entraron,  
No cuidando fallar un Cid,  
Docientos Cides fallaron.  
E vos, Beito glorioso,  
Bien podeis estar ufano,  
Viendo que en la vuesa gente  
Hay tan famosos soldados.

(BERGANZA, *Antigüedades de España*.)

<sup>1</sup> Cualquiera que haya estudiado los orígenes de nuestra lengua y poesía popular, conocerá que este romance no es del siglo XII, como el Padre Berganza y el Padre Merino lo califican. Su mismo contexto lo indica, pues en este tiempo no había en España mas órdenes monásticas que las de San Benito, por lo cual el poeta no hubiera dicho: *Otras órdenes benditas*, si no es que se traduce la palabra órdenes por la de monasterios.— El asunto de este romance nada tiene que ver con el Cid; pero se pone entre los del héroe, porque se le elogia, recuerda y honra en él.

909.

VINDICACION SEMIBURLESCA DE LAS HAZAÑAS DEL CID,  
QUE SE TIENEN POR FABLUSAS.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

Cuantos dicen mal del Cid,  
Ninguno con verdad habla,  
Que el Cid fué buen caballero,  
De los mejores de España:  
Gran servidor de sus reyes,  
Gran defensor de su patria,  
Enemigo de traidores,  
Y amigo de gente honrada,  
El que en la vida y la muerte  
Mereció digna alabanza,  
Aunque malvados poetas  
Se atreven y desacatan.  
Dice uno: No son verdad  
Los hechos que dél se cantan,  
Y que las historias nuestras  
Son consejas y patrañas.  
Contra el que niega el principio,

El filósofo nos manda  
Que no arguyamos, y es justo,  
Porque niega de ignorancia.  
Decir mal de las historias  
Suele el que á la verdad falta,  
Para decir su mentira  
Y arrojarse en la baraja.  
Dicen: que los necios crean  
Que muerto venció batallas,  
Como si fuera imposible  
Al que los santos guardaban.  
Niegan que no fué verdad,  
Que sacó la media espada  
Contra el judío que quiso  
Tocarle muerto á la barba:  
Estos ruines poetas,  
Como están fuera de gracia,  
No entienden que Dios se acuerda  
De los suyos y los guarda;  
Y sin qué leyes del duelo  
Le obligasen á esta causa,  
La ley que guardó de Dios  
Muerto le libró de infamia.  
Los condes de Carrion  
Dicen tambien, como enfadan,  
Y que no fué caso honroso  
Ponellos el Cid demanda.  
Qué, ¿quieres tú, mal poeta,  
Que los Condes se quedaran  
Con semejante traicion,  
Y el ofendido no hablara?  
¿Qué es lo que del Cid dijeras,  
Si con salir á la causa,  
Y destruir los alevés,  
Lo murmuras y lo ultrajas?  
Sin duda de tales fechos  
Tu mal intento se paga,  
Y en tu mujer y tus lijas  
Mas sufrieras, y callaras,  
O por faltarte el valor,  
O porque cosas tan altas  
No son para flacos pechos  
Donde las lenguas son almas.  
¿Cuál diablo te engañó,  
Poeta con piés de caña,  
A tratar del noble Cid,  
De sus sucesos y casa?  
¿No tenias á la mano  
Otros con quien te estrellaras,  
Que cuanto dijeras d'ellos  
Les hiciera consonancia?  
¿No pudieras hablar, di,  
Con lengua desmesurada,  
Del otro que en todas ciencias,  
Sin saber romance, habla,  
Y come mas colacion,  
Que diez asnos beben agua?  
¿O del otro adulador,  
Que con la voz señalada  
Ósa murmurar de todos  
Como prenda rematada?  
¿Del hijo de no sé quién,  
Que entre fidalgos se ensancha,  
Y es un libro de novelas  
La mayor verdad que trata?  
Aquí pareciera bien,  
Que afilaras la navaja,  
Y hablaras á tus anchuras,  
Y no del honor de España.  
De tu loco atrevimiento  
Débese tomar venganza,  
Y yo te cito y aplazo  
Para que en mi audiencia vayas:  
Descomulga tus escritos,  
Tus versos repone y tacha,  
Condena tu mala lengua,  
Y abomina tus palabras.  
Ruego á Dios sobre tus obras,  
En pago del mal que hablas,

Tantas cámaras te dén,  
Que entrar no puedas en cama.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

<sup>1</sup> Con este romance terminan todos los concernientes al Cid, que han llegado á nuestra noticia.—Es de las últimas décadas del siglo XVI, segun parece.

CONTINUAN LOS HECHOS DE ALFONSO VI, Y LOS  
SUCESOS ACAECIDOS EN SU EPOCA.

910.

REFUGIADO ALFONSO VI EN TOLEDO, JURA PACES  
CON ALMAYMON Y SUS HIJOS.

(De Lorenzo de Sepúlveda <sup>1</sup>.)

En Toledo estaba Alfonso  
Hijo del rey Don Fernando;  
Huido está por el miedo  
Del rey Don Sancho su hermano.  
Acogióle Alimaymon,  
Que Toledo es su reinado;  
Mucho quiere á Don Alfonso;  
De moros es estimado.  
Durmiendo está en una huerta  
A sombra que hace un árbol;  
Cerca estaba Alimaymon  
Con sus moros razonando.  
Dijo: — ¿Qué fuerte es Toledo!  
No puede ser conquistado  
Si no quitasen el pan  
Y las frutas siete años,  
Y teniendo siempre el cerco  
Sin que se hobiese quitado:  
Por la falta de viandas  
Tomarse ha el año octavo.—  
Don Alonso bien lo oyó,  
Finge que dormido ha estado.  
Por costumbre habien los moros,  
Que su ley se lo ha mandado,  
Que degüellen un carnero;  
Ya iban á degollarlo.  
Con el Rey va Don Alfonso,  
Que los iba acompañando,  
Y sus cristianos tambien  
De Castilla habien llegado.  
Don Alfonso es muy fermoso,  
De grandes dotes dotado,  
Páganse d'ellos los moros,  
De todos es muy loado.  
Juntos van ambos los Reyes,  
Detras dos moros hablando.  
El uno le dijo al otro.  
— ¿Hermoso es este cristiano!  
¿Gran señor merece ser!  
En él será bien empleado.—  
El otro moro le dijo:  
— Esta noche yo he soñado  
Que Alfonso entraba en Toledo  
En un puerco cabalgando:  
De Toledo ha de ser rey,  
Tenlo por averiguado.—  
Ellos hablando en aquesto  
Los cabellos se han alzado  
A ese rey Don Alfonso:  
Alimaymon con su mano  
Los apretaba hácia yuso,  
Y ellos siempre están en alto.  
El rey moro bien oyó  
Todo lo que es ya contado:  
Hizo llamar á sus moros,  
Los que tiene por mas sabios,  
Los cuales dicen que Alfonso  
Habrà el reino toledano.  
Aconsejan que lo mate;  
Mas el Rey no lo habie en grado

Porque lo queria mucho;  
Mas jura le ha demandado  
Que contra él ni sus hijos  
Non hará desaguisado.  
Alfonso lo prometió,  
Y lo cumplió de buen grado:  
Mucho lo quiere el rey moro,  
Y d'él está asegurado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

<sup>1</sup> Algunos colectores incluyeron este romance entre los del Cid.

911.

EL ARZOBISPO DON BERNARDO Y LA REINA CONSTANZA DES-  
POJAN Á LOS MOROS DE SU MEZQUITA DE TOLEDO, Y LA  
HACEN IGLESIA.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

Ese buen rey Don Alfonso,  
El de la mano horadada,  
Despues que ganó á Toledo  
En él puso su morada,  
De do ganó los lugares  
De moros que allí quedaban:  
Montalvan y Talavera,  
Oropesa y Mejorada,  
Y la villa de Escalona,  
A Maqueda y Santa Olalla.  
Ganó á Canales y á Illescas,  
Madrid y Guadalajara,  
Alcalá y Tordelaguna,  
A Uceda y á Salamanca.  
Ganó á Buitrago y Atienza,  
A Sigüenza y á Berlanga,  
Y ganó á Medinaceli,  
Y ganó toda la Alcarria  
De la otra parte del río,  
Que agora Tajo se llama,  
Sin otros muchos lugares  
Que allen del río ganara.  
Luego, en ganando el lugar,  
De cristianos le poblaba:  
Luego le hace su iglesia;  
Luego le pone campanas.  
Déjalos fortalecidos,  
Y á Toledo se tornara.  
Elegido ha un arzobispo,  
Don Bernardo se llamaba,  
Hombre de muy santa vida,  
De letras y buena fama,  
Y de que le hubo elegido,  
Por nombre le intitulaba  
Arzobispo de Toledo,  
Primado de las Españas.  
Todo cuanto el Rey le diera  
Se lo confirmara el Papa.  
Desque ya tuvo el buen Rey  
Esta tierra sosegada,  
A la reina su mujer  
En gobernacion la daba.  
Fuése á visitar su reino;  
Fué á Galicia y su comarca.  
Despues de partido el Rey,  
La reina Doña Constanza  
Viendo su marido ausente  
Pensamientos le aquejaban,  
No de regalos del cuerpo,  
Mas de salvacion del alma.  
Estando así pensativa,  
El Arzobispo llegara;  
En llegando el Arzobispo  
D'esta manera le habla:  
— Don Bernardo, ¿qué harémos  
Que la conciencia me agrava  
De ver mezquita de moros  
La que fué iglesia santa,